

hubiese dejado, por su misericordia, la buena simiente, habríamos llegado á ser como Sodoma y Gomorra¹. Pero el grande Apóstol que cita estas palabras, añade: *No ha sido así, porque las naciones que antes no seguían la justicia, la han abrazado ya, como fruto de la fe de Jesucristo*².

8. Si, hermanos míos, la virtud cristiana, la justicia que todavía florece en la sociedad creyente, emana de la fe, pero de la fe pura y vivificante, que se sustenta con las buenas obras, que se alimenta y fortifica con la gracia de los Sacramentos establecidos por el autor y consumidor de la fe³, la Eucaristía es la fuente principal é inagotable de las virtudes cristianas, porque allí reside en persona Jesucristo, causa eficiente de toda justificación. *El Fusto por excelencia*, había dicho Dios por Isaías, *mi siervo, justificará á muchos*⁴; y, en efecto, dice San Pablo, *hemos sido justificados gratuitamente por la gracia del que nos redimió con su sangre*⁵. Pruébalo evidentemente la experiencia. Porque ¿quién es el que llega á advertir en sí mismo ese maravilloso cambio, esa transformación de pecador en justo, sino el que cree y practica, el que busca la gracia al pie de los altares, el que invoca, como debe invocarse, el nombre del Señor⁶? ¿Qué prueba más luminosa é irrefutable de la verdad de nuestra fe, de la eficacia divina de nuestros Sacramentos, del valor de las prácticas piadosas para la santificación de las almas?

9. Pero, cristianos, la transformación que por virtud de Cristo se efectúa en el hombre, traspasa alguna vez

¹ Is. 1, 9. ² Rom. 9, 30. ³ Hebr. 12, 2.

⁴ Is. 53, 11. ⁵ Rom. 3, 24.

⁶ Quicumque invocaverit . . . (Act. 11, 21).

los linderos de la virtud ordinaria, asequible á la generalidad de los hombres, para elevarse en ciertas almas, hasta las alturas inconmensurables de la santidad. ¿Quién me diera alas, como de paloma, exclamaré con el Salmista¹, para volar á esas regiones altísimas donde se ciernen las águilas, tranquilas en la contemplación del sol infinito y perfectísimo? ¿Quién pudiese siquiera vislumbrar las altas cimas de la santidad? ¿Quién ascenderá, preguntaba el mismo Rey Profeta, *al monte del Señor? ó ¿quién estará de pie en el lugar santo de Dios?*² La santidad ¡ah cristianos! es más que el heroísmo, más que el genio, más que todas las grandezas imaginables en la esfera de lo natural; porque, aun dentro de los límites de ese otro mundo superior á la naturaleza criada, nada hay que la iguale, siendo el más elevado pico de las montañas del Señor. Es la participación, el vivo reflejo de aquel atributo que Dios se complace en poseer tres veces, siendo tres veces santo el Señor Dios de los ejércitos³; santo en sí mismo y santo en las operaciones que terminan fuera de sí; santo en la generación eterna de su imagen consustancial, y santo en la creación temporal de sus imágenes accidentales, las criaturas. Es la semejanza más perfecta del hombre con el Hombre-Dios, es la verdadera fraternidad con Cristo, la más íntima y regalada amistad con Jesús, el desposorio místico y celestial con el divino Esposo de las almas. Todo esto encierra el concepto de la verdadera santidad, que sólo puede hallarse en el tesoro de la Iglesia verdadera: *in sanctitate veritatis*. Si el paganismo conoció lo que era la virtud, aunque no llegó á practicarla sino rudimentariamente, de la

¹ Ps. 54, 7.

² Ps. 23, 3.

³ Is. 6, 3.

santidad no tuvo la menor idea, no habiendo alcanzado siquiera á atribuírsela á la divinidad. La revelación cristiana, descubriéndonos la santidad de Dios, nos ha dado también á conocer la naturaleza de la santidad en el hombre. Jesucristo, Santo entre los Santos, *ungido por el Padre con el óleo de la virtud y santidad divina*¹, ha derramado algunas gotas de ese precioso unguento en ciertas almas, comunicándoles vivos reflejos de su propia santidad. Tal fué el portento obrado en el Serafín de Asís, cuando el otro Serafín crucificado le imprimió, con la imagen de las llagas de pies, manos y costado, la imagen espiritual del mismo Cristo, santísimo en la inmoción de la cruz. Resultó, pues, el bienaventurado Francisco trocado en otro hombre enteramente nuevo, él que antes era ya modelo de virtudes. *Novus homo Franciscus* llámalo San Buenaventura, después de aquel nuevo é inaudito prodigio². Remontado con esto á las cumbres de la santidad, no le faltaba más que subir de un salto á las alturas de la gloria: trocar la caridad de la tierra por la claridad del cielo. Tales prodigios de transformación, hermanos míos, aunque no siempre en igual grado, puede obrar y obra, en efecto, la comunicación íntima de Cristo sacramentado con el alma que fervorosa y humildemente le recibe. Y ¿por qué no? ¿No es la Eucaristía aquel fuego divino que el Salvador vino á traer y difundir por la tierra³? Y ese fuego ¿no es aquel mismo de que dice el Profeta que consume y purifica y acrisola y transforma⁴? Pues si Cristo, hecho alimento del hombre en la santísima Eucaristía, le transforma en sí, depurándole

¹ Luc. 4, 18.² S. Bonav. l. c.³ Luc. 12, 49.⁴ Hebr. 12, 29.

y divinizándole cuanto cabe en la condición terrena, ¿no podremos afirmar que el Santísimo Sacramento es la oficina de la santidad? Pues es también, por una maravillosa disposición del mismo Dios, el modelo de la santificación, como veremos en seguida.

II.

10. Para realizar en el mundo ese ideal de justicia y santidad que acabamos de bosquejar, era preciso que Dios mismo apareciese en la tierra, viviendo entre los hombres, no sólo como principio modelador, sino también como modelo y arquetipo. *Fué visto en la tierra y conversó familiarmente con los hombres*, dijo hablando como historiador, el Profeta Baruch¹. *Vimos su gloria, asegura San Juan, gloria propia del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*². El Dios humanado ha exhibido, pues, en sí mismo á los ojos del hombre corrompido la imagen de su perfección divina en la humanidad, á fin de arrebatarse con sus encantos, al mismo tiempo que le infundía fuerzas suficientes para reproducir esa encantadora imagen, dándole poder para hacerse hijo de Dios y hermano suyo³. ¿Qué más pudiera exigir y aun anhelar el hombre degradado? Pues bien, amadísimos hermanos, Jesucristo le ofrece perennemente ese modelo en otra forma no más perfecta, ciertamente, pero al parecer más adecuada para servir de tipo de la transformación, y tal es la vida eucarística.

11. Y en primer lugar, considerad esta vida en su origen, esto es, en el gran misterio de la Transustanciación. ¿Qué es lo que aquí pasa, qué es lo que se

¹ Bar. 3, 38.² Io. 1, 14.³ Dedit eis potestatem filios Dei fieri (ibid. v. 12).

ve todos los días en el solemne momento en que el Ministro de Dios, en persona de Cristo, pronuncia sobre las sustancias materiales de pan y vino las omnipotentes palabras de la consagración? Pues no otra cosa sino la transformación completa de lo terreno en divino, de lo corruptible en inmortal, pudiéndose aplicar á este caso las palabras del Apóstol: *Siembrase cuerpo animal y resucitará un cuerpo espiritual*¹, como quiera que, por la Transustanciación ó cambio de sustancias, un cuerpo — el pan y el vino — material y corruptible es convertido, transformado enteramente, en otro cuerpo, incorruptible y revestido de espiritualidad — la carne y sangre del Señor. ¡Oh transformación pasmosa, real y verdadera, aunque invisible á los ojos carnales! ¿Qué tipo, qué modelo pudiera darse más expresivo de la transformación moral del hombre por la santidad? Pues, así como el pan se convierte en Cristo, Dios-hombre, así el hombre viejo, el hombre del pecado, debe convertirse, y de hecho se convierte, por la virtud divina, en el hombre nuevo, en hijo de Dios, en otro Jesucristo². Entonces puede exclamar el hombre nuevo, como exclamaba el perseguidor transformado en Apóstol: *Ya no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive y obra en mí*³. ¿Lo veis, hermanos míos? La Eucaristía, en su misma cuna, por decirlo así, es apropiada imagen y modelo de la transformación espiritual del hombre. La conversión no aparece á los sentidos: *La vista, el tacto, el gusto nada descubren*⁴ de este cambio operado en la sustancia, que no en las apariencias; no importa, el cambio no puede

¹ I Cor. 15, 44.

² Christianus, alter Christus (*Tertull.*).

³ Gal. 2, 20.

⁴ Visus, tactus, gustus in te fallitur (*Eccl. in hymn.*).

ser más real ni más completo. Así en el hombre convertido, santificado, divinizado, por explicarme así, puede muy bien quedar oculto el maravilloso cambio obrado en el fondo del espíritu, bajo las comunes apariencias de la humanidad y de la vida ordinaria, sin que deje por eso de ser tan real y positivo, que hace otro al hombre en la presencia y ante el juicio de Dios. La conversión del pecador en justo no es un fenómeno superficial, ni mucho menos extrínseco, es un hecho que penetra hasta las entrañas del ser humano, infundiéndole una nueva y divina naturaleza; que esto significa la expresión del Apóstol: *nueva criatura*, según el sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia. Por esto llama San Macario á la gracia *Sal de la divinidad, santa y buena, y levadura celestial del Espíritu Santo*, la cual, mezclada é infundida en la naturaleza del hombre, hace que deje el alma la antigua fetidez de la malicia¹. «Este ser de la gracia, dice el gran teólogo P. Nieremberg, no sólo es tan admirable, perfecto, lleno, eminentísimo, intelectualísimo, raíz de la bienaventuranza, santo y divino; no sólo es participación de la divina naturaleza, sino que sirve el justo que lo tiene, de naturaleza; y así, según algunos hablan, viene á ser la primera y radical forma que da al hombre ser sobrenatural como sustancialmente... de suerte que á la gracia, como á primera forma sobrenatural, á manera de sustancia, la siguen las propiedades y accidentes sobrenaturales.»² ¡Ved si es profunda la transformación que obra en el alma!

12. Pues, si por este aspecto la Eucaristía puede considerarse como modelo de aquélla, considerada la

¹ Hom. 32, apud *Nieremberg*.

² Del aprecio y estima de la divina gracia l. 1, c. 12.

vida de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la hallaremos, no más santa que la que el mismo Señor llevó sobre la tierra en carne mortal, pero quizá más adaptada, en la forma, para representar el ideal de la santidad cristiana. ¿Cómo puede ser esto así? me preguntaréis, amados fieles. Y yo os respondo: medita un momento en ese modo de ser de nuestro amable Salvador oculto, anonadado en el oscuro rincón del Tabernáculo. ¿Dónde están allí los esplendores del Tabor que revelen la virtud divina en la santa humanidad? ¿Dónde, esta misma humanidad visible, tangible, atrayendo hacia sí todos los corazones, como cuando peregrinaba por la tierra de Judea? Apagada está según todas las apariencias la luz de esa vida humano-divina, porque en la Eucaristía no hay nada que se mueva, que se vea, que se palpe de Jesucristo Dios y hombre; y sin embargo, allí está Él, allí palpita su corazón de carne, allí circula el fuego del amor con la sangre de sus venas. Ahora bien, hermanos míos: ¿no es esta forma de vida enteramente extinta á los sentidos, llena en realidad, oculta pero guardada en el seno de Dios, la que caracteriza á la más heroica santidad, conforme á aquellas palabras del Apóstol: *Muertos estáis; empero vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*¹? Sí, cristianos, la vida eucarística es tipo magnífico de la transformación del hombre por Jesucristo, porque ésta puede sintetizarse en la más perfecta espiritualización del hombre, ó sea, en su máxima segregación de todo lo que es sentidos y vida material, y luego en su mayor aproximación á lo divino, en su más alto grado de semejanza con la vida del cielo....

¹ Col. 3, 3.

13. *Revestíos*, pues, terminaré diciendo con el Apóstol, *revestíos*, carísimos hermanos, *del hombre nuevo, de aquél que fué creado, según el plan divino, en la justicia y verdadera santidad*¹. Revistámonos de Cristo, llevándole no sólo en el corazón sino también en nuestro exterior, á manera de riquísimo vestido, de suerte que aparezcamos ante Dios y los hombres, ante el cielo y la tierra, como otros tantos Cristos, hombres renovados enteramente por el espíritu del nuevo Adán. Tal apareció en la Iglesia en las pasadas edades el gloriosísimo Francisco, renovadas en sus pies, manos y costado las sagradas llagas del que las llevó por renovar al hombre llagado en cuerpo y alma, potencias y sentidos. Para alcanzar esta venturosa renovación de todo nuestro ser necesitamos de una nueva naturaleza, que es la gracia; pero ¿no es la sagrada Eucaristía la fuente copiosa de esa gracia, cuyo autor es el mismo Jesucristo? Tenemos, pues, cuanto necesitamos para efectuar la anhelada transformación. Aprovechémoslo. Así sea.

SERMÓN DUODÉCIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1887).

La Paz, fruto de la sagrada Eucaristía, asegurada por el culto público del SS. Sacramento.

A fructu frumenti... multiplicati fideles, in pace Christi requiescunt.

Multiplicados los fieles por el fruto del sagrado trigo... descansan en la paz de Cristo.

Eccl. in Offic. SS. Sacram.

1. Entre las gratas perspectivas que ofrece al ánimo el Año Nuevo, la más hermosa, si no la más brillante,

¹ Eph. 4, 24.